

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Estudios Históricos, por don A. Pirala.—La Pesca en el Mar (poesía), por doña Gertrudis G. de Avellaneda.—Fragmentos de las memorias de la Rosa (conclusion), por doña Joaquina Garcia Balmaseda.—Baladas en prosa, por don Antonio Arnao.—Variedades, por don A. Pirala.—Modas y Explicacion del pliego de dibujos.

INSTRUCCION.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ATHALIA.

ACHAB Y JEZABEL.—CRUELDADES É IMPIEDAD.—REINADO DE ATHALIA.—JOÍADA Y JOAS.—CONSPIRACION.—MUERTE DE ATHALIA.



OS reyes impíos se sucedieron en Israel.

Doce años reinó Amrí, por la muerte de Zambri, que se habia quemado á sí mismo, y dejó aquel el trono á su hijo Achab, que sobrepujó á todos en impiedad, aumentando su maldad al casarse con Jezabel, hija del rey de los sidonios, y adoradora de los falsos ídolos.

Llena su vida de crímenes, se distinguió en la persecucion que hizo sufrir al profeta Elías (1), así como en la muerte de Naboth; pero llegó el día de la expiacion, temido de los malos, y aunque se pintó

(1) Cuando subió Elías al cielo, dejó su profético manto á su discípulo Eliseo, que hizo extraordinarios milagros. Iba una vez á Bethel, y unos muchachos se burlaron de él porque era calvo: les maldijo el profeta, é inmediatamente salieron dos osos de un bosque próximo y devoraron á cuarenta y dos de aquellos niños. Sublime leccion para los que se burlan de la ancianidad, que siempre, y por todos, debe ser respetada.

la cara, aderezó su peinado y se asomó á la ventana, para interesar en su favor á su enemigo, lejos de cautivarle á este su hermosura, mandó que la arrojasen por la ventana, y fué pisoteada por los caballos. Al ir la luego á enterrar solo hallaron la calavera, los piés y la estremidad de las manos; los perros, como profetizó Elías, se habian comido lo demas.

Achab y Jezabel dejaron una hija, Athalia, que les escedió en maldad, como si recelase no ser tan perversa como ellos. Su alma no abrigó sentimiento bueno: ni el cariño á la familia, ni la ternura maternal se anidaron en su pecho. Athalia insulta al cielo, desoye la voz de la sangre, despoja el templo de Dios y le abandona, é inmola á sus parientes, escapados del hierro enemigo, para que no ocupen el trono que les usurpa. Sin ninguna de las dulces virtudes de la mujer, Athalia mostraba los mas odiosos defectos del hombre.

Si el fin de Athalia no fuese una leccion saludable á los reyes, y un ejemplo de la justicia de la Providencia, fueran sus crímenes motivo para decidirmos acaso para eliminar á aquella reina de estos estudios históricos, por no mancharlos con la personificacion exacta de la impiedad, de la venganza, de la ambicion y de la crueldad. Demostracion por otra parte de la triste herencia que dejan á los hijos los malos padres, no está demas ofrecer á los buenos este cuadro histórico, si quier no le necesiten para educar á sus hijos en el temor santo de Dios y en la práctica sincera de la virtud.

Nació Athalia el año 5120 de la Creacion, y casó con Jorám, rey de Judá, hijo del buen Josafat; y en vez de imitar á su padre aquel monarca, se entregó á las impiedades que le aconsejó su mujer; pues así como la virtud de la mujer conduce al bien, así

sus vicios arrastran y precipitan al mal. Su ejemplo ó su palabra crean ó destruyen á la par que la felicidad doméstica, una parte de la grandeza y prosperidad de las naciones. La mujer es como una imagen del que fué el mas bello de los ángeles en tanto que fué fiel á Dios, y que se hizo horrible al punto que le desconoció.

Pronto Athalia y Jorám fueron dignos el uno del otro: inspiróle ó desarrolló en él la ambicion, la sed de sangre, el desprecio á las cosas divinas, porque nada es mas natural en efecto que la religion, que determina y consagra los derechos, y que modera el empleo de la fuerza, se haga odiosa á los que no atienden si no á sus caprichos, y solo buscan en el poder un medio de dominacion absoluta.

Mata Jorám á sus numerosos hermanos y abraza la idolatría; mas no tardó el castigo de Dios, que suscitó frecuentes incursiones de los filisteos, y los árabes de las orillas del mar Rojo penetraron en sus Estados, se apoderaron de sus hijos, y les dieron muerte, escapándose únicamente Ochozias.

Acometido Joram por una enfermedad dolorosa y repugnante, muere al cabo de dos años, y el pueblo le juzgó indigno de los honores de la sepultura que tributaba á sus buenos monarcas. Siguióle Ochozias en la senda de iniquidad que le enseñó su madre, y murió á manos de Jehú, vengador de la sangre de los profetas. Pero vengamos á Athalia.

El fin de su marido y de su hijo, que parecían un aviso de la Providencia, no le sirvió de leccion; antes para satisfacer sus ambiciosos deseos, traspasó los límites de la crueldad, y la que había reinado de hecho en tiempo de su esposo y de su hijo, y reinaba y gobernaba á nombre del mayor de sus nietos, hízoles degollar á todos para mandar con seguridad.

Tenia Ochozias una hermana de padre, llamada Josabeth, que casó con el pontífice Joiada, y era entonces costumbre unir por matrimonio el sacerdocio y el imperio. Llega Josabeth cuando la degollacion de sus nietos, y libra del puñal de los verdugos á su hijo Joás, confiándole con su nodriza al gran sacerdote, su marido, que tuvo al príncipe seis años en el templo, formándose su corazon en el estudio de los libros santos.

Aunque los israelitas escluían á las mujeres del trono, Athalia reinaba por el terror, y contra la prediccion de los profetas, no perteneciendo á la tribu de Judá, ni á la raza de David. Introdujo y protegió la idolatría en Jerusalem, contra el sentimiento público; no se cuidaba del desconsuelo general, ni del jóven levita, y Joiada no parecía meditar grandes designios. Pero suele estallar de repente la venganza

celestial, y por el medio mas inesperado, á fin de que el hombre sepa que es impotente para prevenirla.

Joiada, sin embargo, en su dignidad pontificia y juez del pueblo, se hallaba en el deber de defender la inocencia, y derribar á Athalia de un trono, que no podia ocupar por su sexo y origen, y que deshonra con sus delitos. Dispuso el plan, asociáronsele muchos que odiaban á la reina, y se preparó la ejecucion para un sábado, á fin de que no se estrañase la concurrencia.

Llegado el dia, presentáronse en el templo de Jerusalem los partidarios del Pontífice, y presentando á Joas á los fieles, les dijo:

—Hé aquí al hijo del Rey; él reinará como Dios lo tiene prometido á la posteridad de David.

Aclamado el niño por la multitud, dividióla al instante bajo la direccion de los sacerdotes, á fin de defender el templo y proteger al príncipe, proveyéndola de las armas tomadas al enemigo por David y sus sucesores. Cíñese al jóven aclamado la diadema, y es ungido con el libro de la Ley en la mano.

Al oír los gritos del pueblo que aclamaba al nuevo rey, corre Athalia al templo: divisa desde el umbral al jóven príncipe sobre un trono rodeado de oficiales y soldados, y lleno el templo de una muchedumbre entusiasmada. ¡Traicion! grita entonces; desgarrando furiosa sus vestidos, y sublevando su presencia los espíritus, iba á perecer en aquel lugar sagrado, cuando adelantándose Joiada, y haciéndose oír, esclama:

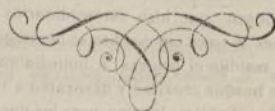
—Sacadla de la casa de Dios, y degolladla, y al que la siga.

Así se ejecutó; siendo Athalia ejemplo memorable del juicio severo, reservado á la impiedad y la tiranía.

Benéfica esta revolucion al pueblo, tuvieron con Joas un reinado venturoso.

La Biblia dió gran celebridad á este episodio de la historia de Judea, y Racine, en su célebre tragedia del mismo nombre, hizo la produccion con que mas se honra la literatura francesa, y la de todos los países, que, como ha dicho muy bien uno de nuestros *dignísimos é ilustrados escritores*, en el mundo de las letras no hay mas extranjeros que los ignorantes.

A. PIRALA.



LITERATURA.

LA PESCA EN EL MAR.

Mirad! ya la tarde fenece,
la noche en el cielo
despliega su velo
propicio al amor.

La playa desierta aparece,
las olas serenas
salpican apenas
sus diques de arenas
con blando rumor.

Del líquido seno la luna
su pálida frente
allá al Occidente
comienza á elevar.

No hay nube que vele importuna
sus tibios reflejos,
que miro de lejos
mecerse en espejos
del trémulo mar.

Corramos! quién llega primero?
ya miro la lancha!...
Mi pecho se ensancha,
se alegra mi faz.

Ya escucho la voz del naclero
que el lino despliega
y al soplo lo entrega
del aura que juega
girando fugaz.

Partamos!—la plácida hora
llegó de la pesca,
y al alma refresca
la bruma del mar.

Partamos!—que arrecia sonora
la voz indecisa
del agua, y la brisa
comienza de prisa
la flámula á hinchar!

Pronto remero,
bate la espuma,
rompe la bruma,
parte veloz,
vuele la barca,
dobla la fuerza,
canta y esfuerza
brazos y voz.

Un himno alcemos
jamás oido
del remo al ruido,
del viento al són;
y vuele en alas
del libre ambiente
la voz ardiente
del corazon.

Yo á un marinero le debo la vida,
y por patria le debo al azar
una perla, en un golfo nacida,

al bramar
sin cesar
de la mar.

Me enajena el lucir de la luna;
son mi bien estas olas surcar,
y no encuentro delicia ninguna

como amar
y cantar
en el mar.

Los suspiros de amor anhelantes
¿quién ¡oh amigos! querrá sofocar,
si es tan grato á los pechos amantes
á la par
suspirar
en el mar?

No sentís que se encumbra la mente
esa bóveda inmensa al mirar?
hay un goce sublime y ardiente

en pensar
y admirar
en el mar.

Ni un recuerdo del mundo aquí llegue
nuestra paz deliciosa á turbar....
libre el alma al deleite se entregue

de gozar
y admirar
en el mar.

Chist!... Silencio!—las redes se tiendan,
Cuán pesadas las hemos de alzar!

Chist!... que todos sus cantos suspendan,
y callar
y pescar
en el mar.

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.



FRAGMENTOS DE LAS MEMORIAS DE LA ROSA.

(CONCLUSION.)

Ultimos dias de la Rosa.

En esta última época aparece con el nombre de la condesa de Santa Rosa.

Con él se la conoció en tiempo del Directorio, y, segun dicen, nadie con la gracia que ella, llevaba el traje á lo Diana cazadora.

Tenia como en sus mejores tiempos gran tren, y frecuentaban su casa todos los personajes de aquellos dias: el mismo Bonaparte fué presentado en ella, y contemporáneos suyos han asegurado, que al futuro Emperador no le produjo gran sensacion la hermosura de la condesa de Santa Rosa.

Jamás, ni aun en el tiempo del Imperio Romano, tan encarecido por ella, la Rosa se consideró completamente feliz. Se querían las mejillas de rosa, el cutis sonrosado, los labios de rosa; pero de continuo pedían que ese cutis, esas mejillas y esos labios, tuviesen algo de la cándida belleza de la azucena.

Cierto es que los poetas no conocian mas objeto de comparacion que la rosa, pero tambien es cierto que sacaban partido del tallo, del capullo, y hasta de las espinas.

La condesa de Santa Rosa llevaba siempre la cabeza elevada, y recibia todos los homenajes que se la rendian con la majestuosa frialdad de una Reina. Su vanidad dominaba á su corazon, y gozaba gran fama de orgullosa é insensible.

Un poeta, rechazado como otros muchos por sus desdenes, lanzó contra ella un epigrama, que terminaba así:

Es bella, pero inodora
cual la rosa de Bengala.

La malignidad se apoderó de esta alusion, y los enemigos de la condesa la hicieron circular por todos los salones.

La influencia de la condesa en vez de disminuir se aumentó durante el Imperio.

Ella misma ha consignado en la siguiente nota la impresion que le causaron los primeros síntomas de la reaccion romántica.

«Esta mañana he leído un tomo de poesías de uno de esos ingénios que quieren cambiar la faz de la literatura, y tomar el Parnaso por asalto. El primer canto contenia el retrato de una jóven: la Laura del poeta, tenia la tez pálida como el agua de un lago iluminada por el aurora; sus ojos eran azules como

la flor del lino; sus cabellos se deslizaban como arroyuelos de oro, y sobre su tersa frente la fatalidad habia escrito esta palabra del ángel de Alberto Dürero: *Melancolia*. La risa me ahogaba. ¡Qué estilo, Dios mio! qué metáforas! y esos pigmeos pretenden oscurecer á los colosos que pasaron! A qué buscar tantos términos de comparacion para pintar á una mujer bella, cuando existen las rosas? Ah! señores románticos, no avanzareis mucho por esa senda: os la vaticino.»

Otra nota escrita tambien por ella dos ó tres años despues, prueba que la condesa de Santa Rosa se vió en la necesidad de cambiar de parecer. Héla aquí:

«Decididamente el mal gusto se desborda. Un poeta ha osado escribir, hablando de la que ama,

Que es pálida como la flor de azahar.

«La majestad, las mejillas sonrosadas, la alegría y la salud, no están hoy en moda. Es preciso estar en tercer grado de tisis para merecer los favores de la moderna literatura. Las mejillas de rosa han quedado reservadas, segun dicen, para las cocineras.»

El tono burlesco de estas reflexiones, disimula mal el interior despecho de que estaba poseida la condesa. Verdaderamente es muy duro para una coqueta verse olvidada de todo el mundo.

La condesa, aunque no lo confiesa, hubiera dado cualquier cosa por volverse escesivamente pálida, y en esta época de su vida, hasta hubiera bebido vinagre para perder color y robustez. Este rumor le difundió el poeta, que habia lanzado contra ella aquel epigrama en tiempo de la república; por eso nosotros lo apuntamos sin comentarios en esta apreciacion histórica.

La situacion se agravó mas cada dia, y la rosa fué completamente eliminada del vocabulario literario. No hubo ya flores genéricas para designar la belleza; cada poeta escogió la suya: éste la violeta, aquel la camelia, otro la margarita, y así los demas.

Un solo renglon, trazado en el año 1839, manifiesta en su concision el enojo que consumia á la condesa.

«Hoy solo las uñas se quieren rosadas.»

Nadie ignora que hácia esa época se admitió una modificacion entre los literatos. La mujer pálida y delgada comenzó á perder partidarios, y la condesa de Santa Rosa creyó por un momento que iban á volver sus buenos tiempos. Su error no fué de larga duracion: se inventó la mujer viva, traviesa, espiritual, adorable.

La condesa de Santa Rosa comprendió que su reinado habia concluido, y envió su sumision á Flora.

—Allí, se dijo á sí misma, hallaré siempre los madrigales de mi antiguo amante el Céfito.

Pero Flora, que abriga tesoros de indulgencia para el arrepentimiento, se arma de un rigor inflexible contra el amor propio herido.

Para castigar su vanidad, Flora ha condenado á la Rosa á que su nombre solo sirva en las novelas á solteronas viejas, y no la perdonará completamente hasta el día de su muerte natural.

JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

BALADAS EN PROSA.

I.

EL PEREGRINO.

—Dime, buen peregrino: ¿has visto al que meció mis amores? Tú que has traspuesto montes, surcado mares y corrido llanuras, ¿has visto al que conquistó mis amores?

Soy la triste Alida: han pasado tres años, y todavía espero.

Esta misma mañana he jurado mi fé ante el altar de Dios á un mortal que no amo, porque mi anciana madre hirió este corazón con el olvido de mi amante. Soy desposada, pero mi amor le busca, y como es ciego no le halla. El viento que rugía entre estos árboles mintió su resonante voz cuando partió á los combates; y el lago acariciando las riberas me recuerda el suspiro que exhaló al decirme: «Parto, Alida; adios, amor mio!»

Respóndeme, peregrino: ¿no me escuchas? Ay! tú tambien desoyes mi dolor; tú tambien desconoces al que busco. Pero si alguna vez amaste, deten por compasión tus pasos: mira que soy Alida, la abandonada Alida.—

Entonces ¡oh! volvióse el peregrino; abrió sus labios y exhaló un suspiro como el rumor del lago que acaricia las riberas. Brilló un relámpago, y á su pálida luz viéronse claras lágrimas rodar por su descarnada mejilla.

Pero la triste doncella se escondió entre sus brazos, y «tú eres: venga la muerte, dijo, oh dueño mio.»

II.

EL CAMPO DE LOS CIPRESSES.

¿No conoceis el campo de los cipresses? ¿No habeis cruzado, al trasponer el sol, aquellas empinadas

cumbres, por el solitario valle que parece esconderse de la mirada del hombre?

Véle allí. Seguidme.

Ahí le teneis oculto entre montañas; silencioso y mudo como imágen de la muerte. Ni crecen flores en su recinto, ni las brisas juguetonas susurran entre la espesura, ni las aves alegran la soledad con sus gorjeos. Solo dobles filas de melancólicos cipresses ostentan sus inmóviles ramas que señalan al cielo: solo un laurel que crece entre esos gigantes, mece de cuando en cuando sus verdes ramas como si un espíritu animára la savia de sus venas.

Hubo un día en que al despuntar el sol se vieron brillar sobre aquellas montañas de Occidente millares de luces misteriosas que inspiraban espanto; á la vez que se oían lejanos rumores como de un mar encrespado por la tormenta. Aquello era el brillo siniestro que despedían los aceros de un ejército invasor; y el eco de los «¡hurra!» con que se aprestaban al combate. Súbito por Oriente apareció un puñado de valerosos mancebos que parecían salir del seno de la tierra á defender su independencia. Un jóven rey los guiaba á la batalla.

Los veis? Mezclados están en confusión horrible. Los arcos restallan; los hierros relumbran; el espacio resuena con blasfemias y lamentos. ¿Quién ha cubierto la tierra con un manto de escarlata? ¿Quién ha llamado esos cuervos que se mecen y giran graznando sobre el campo de la pelea? ¿Es que la muerte ha derramado la sangre de los valientes?

Sí, la muerte vino y segó en flor aquellos soldados generosos. El jóven rey cayó en medio de ellos traspasado por las lanzas enemigas; pero aun después de muerto temían los vencedores orgullosos que volviese á diezmar sus falanjes aquel rayo de la guerra.

Hoy, caminante, ese laurel que crece circundado por los cipresses, es el desgraciado monarca que murió con gloria, rodeado de sus fieles servidores que le lloran señalando al firmamento.

III.

LA CORONA DEL SEPTENTRION.

La hermosa Berta, la de los ojos garzos é inocente sonrisa, amaba á Herman.

Era una tibia noche de Estío. Los dos amantes, próximos á padecer una larga ausencia, juraban sobre el ara de sus corazones guardarse una fé inviolable. Envidiosas las auras confundían sus tiernas quejas, avivando con ledo soplo la hoguera que abrasaba sus almas; en tanto que recelosa el alba descubría su faz de nacer por Oriente.

Berta, desfallecida entre los brazos de su amante, miraba sin cesar al *Septentrion*.

—Herman, dijo, tú vas á partir lejos, muy lejos. Como esos astros, testigos hoy de mi ventura, van huyendo confusos, desaparecerán quizá pronto las esperanzas de mi vida. Alza tus ojos, amor mio. ¿Vés aquel círculo de estrellas que traspone por la cima de los collados últimos? Es la *Corona del Septentrion*. Cuando ausente de mí tu corazon me llame, búscame en ellas y encontrarás mis ojos que te recordarán mi constancia. Yo animaré esa corona misteriosa.

Calló la triste virgen, y Herman partió, no sin haber oprimido antes sobre su pecho la abrasadora mano de su prometida.

Pasa el tiempo, y la dulce Berta espera en vano á su adorado Herman. Sus ojos, arrasados de lágrimas, solo se alzan para fijarse en la corona de estrellas, centro de sus tiernos recuerdos; y sin embargo, Herman no llega. Corren los días, vuelan los meses, y se siente morir. No hay frescura en su mejilla, ni en su sonrisa gozo: hondos suspiros escápanse tan solo de aquella boca, reveladora un tiempo de tanto amor; y el suelto talle se doblega como la palma agostada por el sol del desierto.

En tanto el mancebo atravesó lejanas tierras, y sus ojos encontraron otros ojos en que abrasó su alma. Entonces huyó vencida la imagen de Berta. Mas ¡ay! aquel corazon ingrato se habia rendido á otro corazon cruel. Herman se sentia morir: la esperanza le habia abandonado.

Noche hermosa era tambien aquella en que el ciego jóven, abrasado en los ojos de su insensible amada, juraba amor eterno. En vano suplicaba, en vano desfallecía: no era amado, no era amado. Quiero poner al cielo por testigo, y levanta sus ojos. Ay! la pálida luz de un círculo de estrellas descubre ante ellos toda una vida de infortunio y de lágrimas.

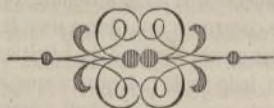
Entonces huyó Herman, pero en vano. Su albedrío quedaba esclavo de un corazon cruel, y la *Muerte* que le seguia silenciosa, parecia decir al *Dolor* que le acompañaba: «Entrégamelo mañana.»

Aquella misma noche una pálida virgen oraba bañada en llanto, y dirigiendo sus castos ojos al *Septentrion*:

—«Señor, Señor; le he perdonado. Dádle la felicidad, y yo moriré!»

Alma noble, es ya tarde!

ANTONIO ARNAO.



VARIEDADES.

Señor Director del CORREO DE LA MODA.

Mi estimado amigo: Tiempo es ya de que le cumpla mi palabra, pero es precisa la amistad que entre nosotros media, y la afición que tengo á su periódico, para que no le pida me releve de ella. Alejado aquí de lo que en la corte entretiene y agita mi vida, avaro de aspirar el fresco y puro ambiente de estas verdes y pintorescas montañas, curtido mi rostro por las gruesas y saladas brisas del Océano, nada mas penoso que encerrarse en un cuarto á escribir, aunque desde él vea los montes, el mar, y me acompañe el bramido de sus espumantes olas que vienen á romperse á pocos pasos de mi ventana.

Pero es preciso informar á nuestras amables lectoras de lo que vaya viendo en este pais, y lo haré, aunque muy lijaramente, y no con la maestría que mi buena é ilustrada amiga la señora Avellaneda lo está haciendo en el periódico *El Estado*, el cual permite tambien mas estension que la de que dispone el *Album*. Y ya que cito esta notable escritora, debo decirle que cuente con su colaboracion, de la cual le felicito y á las suscriptoras.

En Santa Agueda y Arechavaleta, que son los primeros puntos que he recorrido, no ha podida ser mayor ni mas brillante la concurrencia. En el segundo establecimiento ha habido alguna mas animacion, ocasionada por el buen humor de algunas personas, que mas que á curar sus dolencias, parecen venir únicamente á divertirse. Ya le he contado otros años el género de vida que aquí se hace, y le he descrito el pais, y como este no ha variado, y las diversiones se limitan siempre á correrías á los pueblos ó caseríos inmediatos, ó á tomar el chocolate en el monte, le haré gracia de la repeticion en obsequio de la brevedad. Diré únicamente que los bañistas de buen humor de Elorrio, visitaron un dia á los de Santa Agueda y Arechavaleta, y como se hallaba la señora Avellaneda en áquel, una linda visitadora, la inspirada señorita doña Matilde de Orbegozo, honra del suelo vizcaino, condescendiendo á los ruegos de todos, improvisó unos bellísimos versos para saludar á la que admiraba sin conocer, á la que es su hermana en talento, quien correspondió dignamente, proporcionando á todos esta escena una emocion tan placentera como inesplicable.

En Arechavaleta fueron recibidos los bañistas de Elorrio con la cordial franqueza y alegría que se acostumbra: refrescamos juntos, y se improvisó un baile en el salon, acompañándoles luego todos al coche, y quedándonos con el placer de haber conocido á tan

amables personas, y el sentimiento de separarnos tan pronto de ellas.

Los baños de Alzola, cuyas aguas adquieren cada día mayor importancia, suelen ser el asilo donde se disfruta de mas tranquilidad en estas provincias; no así el inmediato puerto de Deva, que en punto á diversiones se lleva comunmente la palma; y á quienes digan, como se ha publicado, que se viene á este pueblo por mas económico, se les puede contestar que es donde mas se gasta en diversiones, y voy á probarlo, dándole cuenta, pues lo merecen, de las dos mas notables que se acaban de celebrar.

En la primera, tomaron parte unas sesenta personas, que embarcadas en un gran lanchon empavesado, navegaron por el pintoresco rio Deva, entonando lindas barcarolas, que dirigia una de las mas aplaudidas cantantes de Madrid, la siempre interesante señora doña Angela Moreno, á quien acompañaba la bella señorita doña Antonia de San Vicente. En un intervalo recitó la señora Avellaneda la muy linda poesía que le remito para que se sirva insertarla, la cual fué tan aplaudida como merecia serlo. Desembarcamos en un caserío, titulado el *Asao*, asentado en uno de esos parajes que respiran poesía y encanto, y al són de los tradicionales instrumentos del pais, se bailó el zorcico y otras danzas, y se sirvió despues un delicado refresco de quesitos y sorbetes, y toda clase de dulces; en seguida se ciñeron las sienes de la señora Avellaneda con una corona de laurel, recitando unos lindos versos, que improvisó para este acto el niño don Santiago Liniers.

La noche nos hizo abandonar aquel sitio de deleites: volvimos á embarcarnos, y el cielo se encargó á poco de amenizar la fiesta con un *chubasco*, que hizo inútiles los paraguas, y ahogó los cánticos que retumbaban en las montañas, que forman las márgenes del rio.

Por la noche dió un concierto una compañía de cantores ambulantes.

Los gratos recuerdos que en todos dejó esta expedicion, hizo se dispusiera otra que se efectuó el 9 del actual. Su descripcion, aunque sea brevemente, es tambien curiosa, á mi juicio.

A una hora, á la que solo es posible pasear en este tiempo en el pais vascongado, á la una del día, salió de Deva una gran caravana precedida de la música del pueblo, y siguiendo las señoras en carretas entoldadas y enramadas, y los hombres á pié, á su lado, hasta uno de los sitios mas poéticos que hay en estos alrededores, á Mallubate, conocido por el Castañar, donde el sol no agosta el verdor perenne de sus prados, donde la naturaleza muestra el capricho de sus galas en vistosos grupos de rocas, en elevadas cimas, en pequeños valles, regados por el Deva, y amenizado todo por una vejetacion frondosa, lozana,

magnífica. El manzano con su colorado fruto, el castaño con sus espinosos erizos, el copudo nogal, el abundoso roble, la erguida y esbelta caña del maíz, meciendo su vistoso penacho, todo escitaba la curiosidad, todo entretenia, todo encantaba.

Pero no eran estos encantos los que nos preocuparon aquel día. Establecidos nuestros reales en medio de aquel sitio delicioso, se aumentaron con la armonía de la orquesta, con el voluptuoso girar de los bailes, con la alegre agitacion de multitud de fuegos; y á la vez que arrojaban unos por el aire los emplumados volantes, despedian otros los ligeros aros, y en un lado tirando al blanco las fatigadas parejas del baile, con una pistola de salon, en otro jugando, y en todas partes en continuo movimiento, solo se descansó para presenciar los aplaudidos ejercicios gimnásticos, que al compás de la música ejecutó el niño Feliciano Liniers, y cuando se impuso trabajosamente otra pausa para comer.

El banquete demostraba los recursos que ofrece Deva; pues si no había platos muy delicados, los había variados y de gusto, sin que faltaran quesitos helados, flanes, y cosas parecidas, sazonado todo con la orquesta, que solo cesó cuando comenzaron los brindis. Rompí la marcha de ellos, y siguió la señora Avellaneda, cuya improvisacion se llevó la palma, brindando tambien su esposo, el señor Verdugo, su hermano, y los señores Araquistain, don Juan, Casaval y Liniers, todos en verso.

Terminada la comida prosiguió el baile, hasta que entrada la noche, volvimos de la misma manera al pueblo, causando una emocion inesplicable el mágico efecto que hacia la música en el eco de las montañas. Cantando se anduvo todo el camino; y á pié todos, y en pós las carretas, entramos en el pueblo entonando un zorcico, teniendo que abrírnos paso por entre la gente que se apiñaba á recibirnos; llegando así hasta la plaza, y subiendo despues todos juntos al salon del Ayuntamiento, donde se baila todas las noches.

Algunas otras pequeñas expediciones han ido entreteniendo agradablemente los días que han precedido á las funciones que comenzaron el día de San Roque, consistentes en corridas de novillos, fuegos artificiales, y el 18 la Fiesta de los Gansos, que consiste en colgar sobre la ria uno de estos y adjudicarle al que le arranca el pescuezo, lo cual hace despues de algunas inmersiones en el agua, que es lo que constituye la diversion.

En San Sebastian, la concurrencia es regular, y todo sigue como en los demas años: por la tarde al paseo de Santa Catalina, por la noche al teatro, cuya compañía de zarzuela es regular.

En Lequeitio hay alguna gente, que encontraba agradable recreo en la casa del ahora inconsolable señor Uribarren, que acaba de perder á su virtuosa y

caritativa esposa. Llena esta señora de vida y de felicidad, rodeada de amigos y de bendiciones, madre del necesitado, providencia terrestre de Lequeitio, ha muerto de repente, cuando hacia un año que colocó la primera piedra del palacio, que ya se ostenta erguido, sirviendo de antemural á las impetuosas olas que van á besar sus cimientos. Embargado el pueblo con el dolor de tal muerte, le han experimentado tambien los forasteros, que no han podido menos de asociarse de corazon al duelo general por la tan lamentable pérdida de aquella señora, honra de su sexo.

Rendido este justo tributo á la virtud y al mérito, digamos en conclusion, que la afluencia de forasteros es tan considerable este año como los anteriores, notándose en San Sebastian, en Deva, y en algunos otros puntos que escasean las familias madrileñas, las mas deseadas en este pais por su buen humor y su dinero.

En algunos sitios el vacío de las familias de Madrid le han llenado dignamente bellas provincianas, que serian el ornato de la corte como lo son de su provincia; y Salamanca, Valladolid, Búrgos, Logroño, Pamplona y Vitoria, han presentado un contingente de elegantes bellezas que honran su pais. Si fueran menos citaria los nombres.

Basta por hoy: marchó á Guernica, voy á ver tambien las obras del palacio de la Emperatriz en Arteaga, luego á Mundaca, Berneo y Bilbao, alborotado ya con los preparativos de sus fiestas, y terminadas volveré á escribirle.

A. PIRALA.

Deva 18 de Agosto.

MODAS.

La variacion de temperatura que hemos experimentado en la semana anterior, y que anunciaba un otoño anticipado, ha devuelto á Madrid parte de su animacion. La Granja, el Escorial y otros puntos inmediatos, van poco á poco quedando abandonados por las familias que, no resolviéndose á viajes largos, pasan el verano casi á la vista de la corte. El Circo ha acogido estrepitosamente á estas fugitivas con el *Hijo del Regimiento*, zarzuela de verano, que sin grandes pretensiones, hace pasar agradablemente la noche.

A pesar de todo y de las coqueterías del tiempo, que tan pronto nos sonríe como se encapota, podrá pasarse muy bien en el campo hasta Ferias, y como hasta entonces la Moda de otoño no hace su aparicion, entretendremos á nuestras lectoras con la descripcion de trajes que, aunque de verano, prestan algun abrigo en la frescura de las tardes.

Un vestido de tafetan gris con cuadritos negros, de falda lisa, cuya chaqueta, de larga aldeta, es alta y cerrada con botoncitos de seda: está adornada de una berta figurada, bastante baja, y un poco en punta por delante y por detrás, guarnecida de un flequillo. La manga va completamente abierta por delante. Las disposiciones del bajo de la aldeta, berta y manga, son tambien á cuadros, mayores que los del fondo. Complemento de este traje es un sombrero *Clarence*, de paja gris y ala redonda, que recogida en tres pliegues por detrás, forma una especie de bavolet: sus cintas son azules.

Otro vestido, tambien de campo, es de piqué anteatado, cuya chaqueta ó sobretodo, cubre las dos terceras partes de la falda, en forma de túnica: ésta y el cuerpo, que es cerrado, van adornados por delante de unas sardinetas de galon blanco, con botones á los extremos: el mismo adorno con un flequillo, lleva una especie de echarpe, colocada como tirantes, cuyos cabos largos y de punta redonda, se cruzan en la cintura. La falda tiene á los lados caidas de la misma cinta. La manga lleva tambien flequillo y, abierta por delante, va sujeta con presillas del mismo galon, con botones á los extremos y en el centro.

Nuestra aficion á los niños nos hace recomendar, para uno de diez á doce años, una blusa de terciopelo negro, abierta por el lado izquierdo, y guarnecida de cinta esta abertura. La manga es ajustada, con vuelta figurada por la misma cinta. Puños y cuello de batista lisa. Pantalón de cuti blanco.

Terminaremos nuestra revista con la siguiente

Explicacion del pliego de Dibujos.

Núm. 1. *Escote* de una camisa de mujer: bordado á feston con ojetes.

Núm. 2. *Manga* de la misma.

Núm. 3. *Delantal* para niño: bordado al pasado.

Núm. 4. *Manga* del mismo.

Núm. 5 y 6. *Casco y fondo* de una gorra: bordado al pasado.

Núm. 7. *Entredos*: bordado á realce.

Núm. 8. *Entredos*: bordado á plumetis.

AURORA PEREZ MIRON.

EDITOR PROPIETARIO.—P. J. de la Peña.